

TEOFILO ALVAREZ BORBOA

Verdadero amigo fraternal fue para mí Teófilo Alvarez Borboa. Nos conocimos desde la escuela, jugando beisbol; él por la Normal de Maestros y yo por la Escuela de Agricultura.

La Revolución nos unió en las campañas del Bajío: en un carro expreso él tenía la pagaduría del 20º batallón de Sonora y yo la oficina del detall de la propia corporación.

En el ejército él ascendió a general de división; yo llegué a diputado constituyente y a desempeñar elevados cargos en el terreno administrativo. Nos quisimos toda la vida.

Cada día somos menos. De aquellos soñadores que anduvimos en el Ejército de Operaciones quedamos muy pocos. ¿Quién se acuerda ya de José Lozano Reyes, el autor de la *Venganza India*, que recitaba en vísperas de los combates de Celaya? ¿Y de Adolfo Cienfuegos y Camus, el discípulo de Leopoldo de la Rosa en los campos de la poesía? Se fueron Francisco Castillo Nájera y Carlos Roel, un poeta romántico y un prosista sesudo, macizo. ¿Qué fue de Jesús M. Garza, inmejorable amigo, el de la charla jovial y los arrestos cyranescos? Gustavo Villatoro también partió, dejando sus huellas en el teatro. Saracho y su guitarra son cosas del pasado. La risa cordial de Serrano y su talento resplandeciente pasaron a la Historia. Sin embargo, no estamos solos. Rodeados de nuestros penates, seguimos en el mundo cargados de ilusiones y de recuerdos, vívidos, gratos al corazón. Se han ido muchos, casi todos. Un día nos tocará el turno. Lo sabemos de sobra y la cercanía del momento no nos intimida.

Acaba de partir uno de los mejores: Teófilo Alvarez Borboa. Qué larga fue nuestra amistad con este general de División. Compañeros desde la primera juventud, cuando él era “filder” en el club de la Normal y yo en el de Agricultura. Nuestras escuelas esta-

ban frente a frente y fuimos buenos vecinos. El impulso revolucionario se sintió con igual fuerza en ambos planteles. La huelga estudiantil de Agricultura repercutió en la Normal. Después... inevitablemente nos volvimos a encontrar en el escenario de la gran Revolución. Con un grupo de compañeros normalistas, Teófilo Alvarez se incorporó al ejército del Noroeste, cerca de Mazatlán. Principió como subteniente, a las órdenes del bravo general Iturbe.

*
* *

No volví a encontrar a Teófilo hasta que nos tocó salir de esta capital, en el mismo tren y a las órdenes del mismo jefe, hacia el norte, cuando el general Obregón iba a enfrentarse al temible Pancho Villa. En el 20º batallón de Sonora, que mandaba el general yaqui Lino Morales, el puesto de pagador lo cubría Teófilo Alvarez, y yo era el jefe del *detall*. Vivíamos en un coche expreso: una mitad servía como pagaduría y habitación del pagador; la otra mitad la ocupaba yo, con el *detall*. Un tercer "yori" figuraba en el Veinte: el doctor Erasmo González Ancira, que en los últimos tiempos se ha perdido para la medicina y ganado para la literatura: es un escritor "novelero", que figura entre los autores de populibros.

Los miembros del ejército salidos de las escuelas, nos reuníamos frecuentemente a la hora del vivac, con los estudiantes que formaban parte de los Estados Mayores de los generales Obregón, Diéguez, Hill, Laveaga y algunos más. Eran juntas informales en que se discutía de todo, pero preferentemente sobre el programa de la Revolución. De esas reuniones partió la organización de actos de propaganda de nuestras ideas, que verificamos en jardines públicos o en los portales de las plazas de las ciudades del Bajío. Algunas veces tomaron la palabra, para explicar al pueblo los objetivos de la Revolución, ameritados jefes militares y hasta el propio general en jefe, don Alvaro Obregón.

Durante los combates de Celaya, así como en la larga lucha en los campos de Trinidad, frente a León, el general Lino Morales, que había observado la conducta y las facultades guerreras de Teófilo Alvarez, lo escogió como su jefe de Estado Mayor, obteniendo que se le reconociera el grado de teniente coronel, que le correspondía por méritos en campaña. Así fueron después todos los ascensos de Teófilo y llegó hasta el grado más alto en el escalafón militar, cuando sus hechos de armas pasaban de ciento cincuenta.

Teófilo Alvarez fue un jefe muy querido de los yaquis. Después de Lino Morales, quien le guardó las mayores consideraciones, fue José Amarillas, segundo en mando del 20º batallón, un jefe que lo distinguió. Entre otros amigos yaquis que lo trataron con afecto estaban Pancho Flores, Hesiquio Chávez, Antonio y Dolores Amarillas, Joaquín Valencia, José María Bacasegua y Juan González. Todos los “yoremes” tenían gran simpatía por Teófilo. Su ascendiente entre la indómita tribu fue muy grande y en los últimos años nadie podía considerarse con mayor influencia en los pueblos del Yaqui, especialmente en estación Vícam, donde estaba el cuartel general. Dos de los jefes “yoris” que más han sentido la muerte de Teófilo Alvarez son el general Juan Vega, quien fue su representante en Vícam, y Salomón López, un comerciante en pequeño de Santa Julia, que siguió al general Alvarez en todas sus campañas, terminando por establecerse en la Ciudad Militar, allá por el río Muerto, en el prodigioso valle del Yaqui.

*
* *

Nacido en el norte del estado de Sinaloa, por Badiraguato, el general Alvarez tenía aspecto y maneras de norteño. Sin hablar la lengua cahita, llegó a ser gran amigo de los yaquis, quienes le tuvieron estimación y atendieron con entusiasmo cuantas indicaciones les hacía. En los últimos años fue el mejor conductor para tratar con los jefes de la tribu, porque los indios confiaban en él y sabían que era un hombre incapaz de engañarlos. La amistad de Teófilo con los “yoremes” había nacido en las campañas del Bajío y se sostuvo cuando vino la pacificación definitiva de la tribu en el valle del Yaqui.

En las palabras pronunciadas por el senador Salazar ante la tumba de Alvarez Borboa, hay un pensamiento en que se define al hombre recién fallecido: “Supo mandar, porque sabía obedecer”. No hay mejor manera de definir la personalidad del distinguido profesor normalista, que en las lides de la Revolución alcanzó el grado más alto. Era subordinado y cumplido con sus superiores, y, cuando se trataba de actuar como jefe, podía hacerlo con tino y seguridad.

Teófilo Alvarez Borboa fue un hombre modesto, tranquilo, a quien nunca preocupó que se ocuparan de él. Vivía consagrado a cumplir sus obligaciones, a cuidar de las tropas que tenía a sus

órdenes y a procurar que se hiciera justicia a sus soldados, a los campesinos y en general a todos los ciudadanos de pocos recursos económicos, que casi nunca cuentan con defensores desinteresados. Teófilo era un hombre que se preocupaba porque la Revolución triunfara, no solamente en los campos de batalla y en las leyes escritas, sino de una manera práctica en el ejercicio de la vida cívica, que requiere procedimientos de justicia estricta. Como huía de toda propaganda, no le interesaba la política en sí. Tuvo oportunidades para ser gobernador de Sinaloa; pero eso no le inquietó ni le hizo cambiar su manera de ser.

Si se buscara definir en tres palabras cómo fue Teófilo Alvarez Borboa, su vida quedaría sintetizada así: *modestia-integridad-rectitud*.